

*FILOSOFÍA Y TAUROMAQUIA: CONOCIMIENTO,
COMPRENSIÓN Y RAZÓN*

Julia Rivera Flores*



PREFACIO



Este ensayo se publicó en noviembre de 2010 en la revista *Cuenta y Razón*. En diciembre de 2011 se elaboró una nueva versión para la revista *Taurología.com*. Esta tercera edición, especial para la *Revista de Estudios Taurinos*, aporta nueva documentación en la materia que reza en el título de este ensayo. No se trata de alimentar la polémica de una porfía histórica-cultural-política sobre la muerte del toro de lidia en un ruedo, ni sobre la moral de la Fiesta y las corridas de toros, sino de un recopilatorio filosófico sobre lo que es la corriente ética de este “momento taurino”.

Decía don José María Pemán (1897-1981) que «se puede filosofar sobre todo, porque filosofía es todo lo que no es otra cosa: botánica, filología... o tauromaquia. Cuando se

* Licenciada en Ciencias de la Información por la Universidad Complutense de Madrid. Este ensayo se publicó en noviembre de 2010 en la revista *Cuenta y Razón* y en diciembre de 2011 se elaboró una nueva versión para la revista *Taurología.com*. Esta tercera edición, especial para la *Revista de Estudios Taurinos* y revisada en abril de 2015, aporta nueva documentación en la materia que reza en el título de este ensayo, con la consiguiente actualización hasta la citada fecha. No se trata de alimentar la polémica de una porfía histórica-cultural-política sobre la muerte del toro de lidia en un ruedo, ni sobre la moral de la Fiesta y las corridas de toros, sino de un recopilatorio filosófico sobre lo que es la corriente ética de este "momento taurino".

acaban las preguntas propias de estas ciencias o artes, y se continúa todavía preguntando, ya se está haciendo filosofía. Filosofía viene a ser lo que hablan sobre el toreo todos los que no torear». (Pemán, 1951)

La esencia de la tauromaquia es, sin duda, la filosofía, más el toreo, más el fundamento jurídico, más la psicología del toro, más la psicología del torero. La explicación de todo esto lo debe dar el conocimiento, partiendo de una premisa: en esa escala de percepciones que se transforman continuamente durante la lidia, la bravura y el valor siempre pueden más que el dolor o el sufrimiento. Y a partir de aquí hay que dejar paso a la razón.

Los aficionados no acuden ni mucho menos a la plaza para presenciar dolor y sufrimiento. Ni esperan ver morir al torero, ni disfrutan con la muerte del toro. Van a contemplar un ritual en el que el toro y torero tienen su propio espacio en una circunferencia; en la intersección, en el cruce de líneas, está el peligro, la emoción y la trascendencia del juego. Todo en sí es una liturgia, una jerarquía de valores, una especie de credo que lógicamente se acata de manera voluntaria.

Y es precisamente el público, el espectador taurómico, quien “aplica” y exige ley y reglamento taurino y, lo más importante y que no recoge la jurisprudencia, ortodoxia y tratados de tauromaquia: los primeros se responsabilizan de evitar el fraude y el maltrato del animal; los segundos, la búsqueda de “la verdad”. Normativismo y ética son las dos varas de medir con las que la afición mide y juzga, y muy duramente, al torero.

Al respecto de esto último, el filósofo francés Francis Wolff (1950)¹, a quien luego volveremos a retomar, explica: «La

¹ Francis Wolf (París) es catedrático de Filosofía en la Universidad de París, donde imparte clases en la Escuela Normal Superior.

corrida no es ni inmoral ni amoral en relación con las especies animales. La relación del hombre con los toros durante su vida y su último combate es desde muchos puntos de vista ejemplo de una ética general. ... Porque el combate en el ruedo, aunque sea fundamentalmente desigual, es radicalmente leal. ... Tiene, pues, que ser con el respeto de sus armas naturales, tanto físicas como morales. El hombre debe esquivar al toro, pero de cara, dejándose siempre ver lo más posible, situándose de manera deliberada en la línea de embestida natural del toro, asumiendo él mismo el riesgo de morir. Sólo tiene el derecho de matar al toro quien acepta poner en juego su propia vida. Un combate desigual pero leal: las armas de la inteligencia y de la astucia contra las del instinto y la fuerza. La corrida es, pues, lo contrario de la barbarie porque se sitúa a equidistancia de dos barbaries opuestas. ... En la corrida el hombre no lucha ni contra un hombre ni contra una cosa. El hombre afronta su *Otro*» (2008).

Guillermo Sureda (1926-1979), en su libro *Tauromagia* (1978) recuerda que el filósofo alemán Nietzsche llamó a su homólogo cordobés, Lucio Anneo Séneca, “toreador de la virtud” (2002: 109). Y expone que el filósofo germano “divide el arte en apolíneo y dionisiaco, división que columbra después de una afortunada excursión por el campo de la cultura helénica, de la que vuelve, inundado de luz clásica, con un libro titulado *El origen de la tragedia*. Lo apolíneo es lo racional-cordial; lo dionisiaco es lo cordial-racional. Lo apolíneo es lo lógico; lo dionisiaco es lo mágico. En suma, cabeza y corazón, inteligencia y sentimiento”. Todo ello le lleva a una sencilla división a la hora de catalogar a los diestros: toreros lógicos y toreros mágicos.

Llama la atención esta búsqueda de conexión entre el filósofo alemán, Friedrich Wilhelm Nietzsche, y la tauromaquia. Merece la pena ampliar lectura sobre ello con el artículo

“Los valores nietzscheanos de las corridas de toros”, cuyo autor es Juan Carlos Gil González y está publicado en el libro *La fiesta de toros* en 2010.

Ya lo definió Enrique Tierno Galván (1918-1986) en el título de una de sus obras: los toros son un acontecimiento nacional (1951). Pero quizá habría que sustituir el último vocablo y hablar de un acontecimiento propio de la condición humana y de la Historia. El filósofo francés François Zumbiehl (1944)² recuerda:

«La pertenencia de la fiesta de los toros al patrimonio latino, no sólo porque la comparten España, Portugal, el sur de Francia, cuatro países andinos y México, cada uno de estos pueblos con su interpretación peculiar, sino también porque emana de una herencia común, vinculada en particular con el legado grecolatino. En esta cultura del sur no se considera la muerte como una realidad obscena que debe ser escondida y encerrada en lugares apropiados. Forma parte del ciclo normal de la vida, y por lo tanto conviene tener cierta familiaridad con ella, amansarla de alguna manera, poniéndola en escena. La corrida procede del mismo rito catártico que aquel de la tragedia griega, de la ópera italiana y de las procesiones de Semana Santa. Por eso merece ser defendida una de las ceremonias más auténticas que nos quedan de nuestra cultura milenaria, todavía vigente» (2005).

Sin duda, la muerte ha estado siempre presente en nuestra cultura y tradición, por ello la vida adquiere tal trascendencia. Lo espiritual, el espíritu, tiene pues también su espacio.

² François Zumbiehl (París), catedrático de Letras Clásicas y doctor en Antropología, ha sido consejero cultural en la embajada de Francia y, más recientemente, director adjunto de la Casa de Velázquez en Madrid. Actualmente se ha hecho cargo del departamento para la promoción cultural de la fiesta de toros en la organización internacional Unión Latina. Es vicepresidente del Observatorio Francés de las Culturas Taurinas.

Así lo vio José María Pemán (1951) basándose en la lectura de la obra de Manuel Sánchez del Arco “Giraldillo (1900-1956):

«Los toros son un sacrificio, un rito ancestral, no sanguinario, pero sí ineludiblemente sangriento. Hay que ligarlos con raíces micénicas, ibéricas y romanas de razas fuertes y solares. (...) Y ya colocado el problema en ese terreno -sacrificio y rito entre toro y público-, todo se aclara y se tranquiliza. Ese rito no existe casualmente desde el Redaño hasta las desembocaduras del Betis y el Tajo, salpicando a América, por casualidad. Existe como atávico rito de purificación y liberación de la crueldad animal y nativa, de esas ardientes razas solares. Según Sánchez del Arco, en los ruedos se han quedado, desaguadas en arte, muchas revoluciones potenciales. Todavía nos han quedado bastantes, creo yo; pero estoy dispuesto a admitir que de no matar tantos toros, nos hubiéramos matado unos a otros. Realmente, si se fija uno un poco, toda la crueldad del público de toros se dispersa hacia el ruedo; en las gradas, salvo alguna bronca leve, hay mucha más guasa, risa, puros, novias y refrescos. De una corrida de toros sale el público tranquilo y sedante. Nunca sé que de una corrida saliera la gente para asesinarse o quemar conventos. Para estas cosas se ha salido de los Ateneos, de los mítines y aún de las cátedras. Es la inteligencia la que, cuando es cruel, lo es definitivamente, porque no se libera a sí misma tan estética y fácilmente como el instinto» (1951).

Y es la pluma de Pemán (1951) la que da pie para inmiscuirnos en la reflexión que nos ocupa al afirmar que «pocas cosas necesitan encajarse en conceptos y explicarse tanto como el toreo».

No es mi intención alimentar la polémica de una porfía histórica-cultural-política sobre la muerte del toro de lidia en un ruedo, ni sobre la moral de la Fiesta y las corridas de toros. Simplemente voy a facilitar al lector un prontuario para una

amplia reflexión filosófica sobre lo que quizá no deja de ser una corriente ética del momento, como explica el pensador francés François Zumbiehl:

«Vivimos hoy en día en un mundo sin fronteras, lo que ofrece altas posibilidades en cuanto a comunicación, pero lo que también supone altos riesgos para la preservación de la diversidad cultural. Cada cultura tiene en efecto su propio contenido ideológico que defiende y, en algunos casos, quiere imponer a todo el universo por una especie de guerra subterránea, utilizando los medios económicos y tecnológicos a su alcance. Así es como poco a poco los diferentes pueblos quedan sometidos a una cultura globalizada, heredada en gran parte de la sensibilidad anglosajona o por lo menos nórdica, que define a escala universal lo políticamente y culturalmente correcto. En base a sus criterios específicos, esta sensibilidad condena la fiesta de los toros por dos razones de principio: la violencia y la sangre sacuden diariamente todo el planeta, se exacerban en el cine, pero son consideradas obscenas en un espectáculo como la corrida. Por otra parte la antropomorfización sistemática de los animales, otra base de la sensibilidad urbana y *moderna*, instrumentalizándolos para el bienestar afectivo del hombre y convirtiéndolos más o menos en sustitutos de niños, está en franca oposición con la corrida que, por el contrario, está basada en el respeto de la animalidad del toro» (2005).

ESPAÑA: TEOLOGÍA, ANTROPOLOGÍA, MORAL, ÉTICA...

No pocos han sido los pensadores que han acercado la filosofía, su filosofía, a la tauromaquia. En el año 1842, el crítico taurino Santos López Pelegrín (1801-1846), que firmaba con el seudónimo de “Abenamar”, publicó un tratado taurino bajo el título *Filosofía de los toros*; «nada tiene de filosofía y sí cierto talante reivindicativo ante el debate que se ha producido cíclicamente y en cada época: la tauromaquia. La lectura del libro es

una reflexión personal en el que están prácticamente todas las preguntas y “sus” respuestas, enclavadas, eso sí, en el correspondiente periodo histórico. Aunque, en el fondo, las conclusiones vienen a ser las mismas que las de hoy en día. Tan inapelable puede resultar el sufrimiento del toro, en mayor o menor medida, como la actitud de aquellos que condenan la Fiesta desde un extremismo irracional. Así lo expresa *Abenamar* «¡Qué inconsecuente hipocresía! ¡Con qué derecho... decís...! Con el que os asiste para sepultar diariamente en vuestras casas de matanza millares de reses y de ganado lanar, con el que os abrogasteis cuando pusisteis el freno al caballo, y lo hicisteis víctima de vuestra utilidad en la paz, de vuestra barbarie en la guerra...» (1995: 61).

Debo citar aquí a otro periodista, Óscar Miró Quesada (1884-1981), iniciador del periodismo científico en Perú, exportado al resto del mundo, y que también cultivó el ensayo filosófico. Dos obras dejó escritas en torno a la filosofía y la tauromaquia: *La realidad del ideal* (1922), de espiritualismo optimista, y *La renovación estética por el toreo* (1953). De este último ejemplar adelantó parte del contenido aquí, en España, ya que unos años antes publicó, en la *Revista Nacional de Educación*, el artículo “La estética del toreo” (1948) una reflexión que completaba «las teorías estéticas reinantes, insertando en su seno el núcleo de lo real y de lo útil, desterrados dogmáticamente por los doctrinarios de la belleza».

Tras recordar en la Historia las principales teorías filosóficas sobre el arte: Platón, Aristóteles, Descartes, Leibniz, Kant, y el Positivismo, el autor concluye:

«En resumen: la estética tradicional, tanto la metafísica como la científica y positivista, reposa en la concepción de la utilidad de la obra artística y de su falta de verdadera realidad. A tal punto, que reduce la belleza a puro simulacro, a imitación, a finalidad sin fin, a simple apariencia, a pura forma. Pero existe un arte, la

lidia, en donde la belleza es realidad auténtica y cuya creación reporta utilidad positiva a quien la crea. De ahí que juzguemos incompleta la estética tradicional e indispensable ampliarla con retoques sustanciales para comprenderla, en sus dominios renovados, todas las manifestaciones de lo bello. Mas nada se logra afirmando que la lidia es arte bello; precisa demostrar su belleza, porque sólo la demostración de su elevado valor estético ha de convencer a los cultos de la necesidad de ampliar las teorías sobre la esencia del arte y la belleza en nombre de las corridas de toros».

Toda una clarividencia de pensamiento.

En un pequeño paréntesis y haciendo un salto en el tiempo, traigo aquí el nombre de otro crítico taurino, Rafael Campos de España (1927-2008), quien siglos más tarde tomó esta posta que dejó su colega Santos López e impartió, durante los seis últimos años de su vida, la asignatura “Filosofía del Toreo” en la Escuela de Tauromaquia Marcial Lalanda, de Madrid. Campos de España enseñó a algunos matadores de toros que hoy se acartelan en las grandes ferias lo que es la ética y la deontología del torero, los valores morales de la Fiesta. Valores que han quedado recogidos en su libro *Qué es torear. Historia crítica de la filosofía del toreo* (1961).

El rito y el aspecto sagrado y profundo de la Fiesta han sido tratados por teólogos, moralistas y antropólogos. La conclusión filosófica, ética y moral que dejó en el aire *Abenamar* se ha retomado una y mil veces.

Así, de la misma manera pero enclavado ya en el siguiente siglo, Félix Moreno Ardanuy, ganadero de reses bravas, también enfocó su *Filosofía Taurina*, título que se ajusta más a un argumentario para defender la fiesta de toros y el entorno taurino en general. He seleccionado este párrafo:

«Vive la afición en las profundas capas cerebrales de nuestro infinito; habría de ser intrínsecamente mala esta afición, y, como todo es subjetivo en el mundo, sería considerada buena

por plebiscito general; porque el Derecho no es otro fenómeno que el marchamo legal de una opinión mayoritaria, y hacer una preceptiva es como esculpir una costumbre en las pétreas tablas de la ley. La humanidad, guiada por su instinto, crea sus normas biológicas, buenas o malas, lógicas o monstruosas, y después las santifica con el bautismo legal, y las defiende con la espada de Temis» (1920: 62).

Y casi con idéntico título, *Filosofía del toreo* (1932), Torralba de Damas dice darle a la afición un libro útil y vengarse de las enrevesadas filosofías que durante tantos años le embutieron en el cerebro por esas universidades y otros centros de enseñanza. Afirma seguir la senda de la heterodoxia, dedica el primer capítulo a “La estética y la muerte” y pasa a analizar en el resto del libro los cinco ingredientes que a su juicio «entran en una corrida»: espectador, torero, toro, miedo y autoridad. En el prólogo, el matador de toros Marcial Lalanda lo califica como un libro exento de extremismos, lógico, que se opone a todo apasionamiento y con tono de fino humor.

Y llegamos a Ortega y Gasset (1883-1955), que aplicó el existencialismo, el hombre “en su circunstancia”, en el ruedo, ante el peligro. Dos grandes textos taurómacos dejó escritos el pensador: el prólogo de la conferencia “El arte del toreo y la bravura del toro” que dio el matador Domingo Ortega en el Ateneo de Madrid, el 29 de marzo de 1950 (1961), y *La caza y los toros* (1960). Además de hablar continuamente de esta afición sobre la que gustaba generar mil y una preguntas; nunca las contestó ni las desarrolló. Esa fue su gran “deuda”, el tratado filosófico-taurino que no llegó a escribir y del que sólo adelantó el título: *Paquiro o de las corridas de toros*.

Esta “circunstancia” precedió a la llamada “ética de la situación”, una respuesta frente a una situación determinada a la que se llega mediante una decisión en conciencia. Son los propios valores los que se aplican con honestidad y verdad y se res-

petan todas las opciones, tradiciones y culturas. Es pues la ética personal y profesional que, aplicada a la tauromaquia, deben cumplir todos los estamentos de la Fiesta mediante la reglamentación y la ortodoxia.

Con ello se identificó el moralista Julián Pereda (1890-1982), un jesuita vasco que impartió sus conocimientos en la Universidad de Deusto. Sus pensamientos filosóficos quedaron recogidos en *Los toros ante la Iglesia y la moral* (1945) (23), donde presenta la Fiesta de una forma vital, existencial.

El escritor José Bergamín (1895-1983), prolífico autor en prosa y verso, publicó, en 1981, *La música callada del toreo* (1981), en la que tuvieron cabida Nietzsche, Thomas Carlyle, Soren Kierkegaard, Jean-Paul Sartre, Paul Ludwig Landsberg y Henri Bergson.

Pero antes de ello, fue en la revista *Litoral* (1974: 13-17) dónde planteó y explicó lo que pudiera ser el núcleo de la materia:

«El entendimiento del toreo es, naturalmente, consecuencia de una limpia sensibilidad: porque el toreo es lo que hay que ver, cosa de ver, y de entender, por consiguiente: cosa, objeto de la percepción y el razonamiento. Sin sensibilidad o percepción sensible no hay entendimiento de ningún arte o juego; pero lo percibido, o, como dirían los místicos, lo sensado, sí es condición de lo concebido, no determina su valoración: el criterio que acepte o rechace el toreo será una cuestión de sensibilidad, como suele decirse, cuando lo sea de inteligencia, de entendimiento racional; y el entendimiento de una cosa es ajeno o independiente de nuestra voluntaria adhesión o repugnancia a ella; el entendimiento no acepta ni rechaza nada, sino sencillamente, lo evidencia, lo verifica. El espectáculo de una corrida de toros no vale únicamente por la impresión sensible que nos causa, por muy sensible que pretenda ser esta impresión; mientras más puramente sensible (confusamente perceptible) sea, será menos inteligible, y más

lejos estaremos, por tanto, más imposibilitados, de establecer ningún criterio moral o estético con que poderla valorar. Para saber lo que valga moralmente o estéticamente el toreo, tendremos, ante todo, que entenderlo. ¿Y cómo podremos entenderlo mientras repugne a nuestra sensibilidad, si nuestra sensibilidad se opone confusamente a ello?».

Bergamín desarrolla toda una reflexión para ir generando enunciados: «El toreo es un puro juego inteligible, en el que peligra la vida del jugador; este peligro desinteresado afirma, al entenderlo, que de su verificación estética se deduce, como de toda afirmación estética, una consecuencia moral, o inmoral: la del heroísmo; el heroísmo puro, sin utilidad; el toreo es un juego de heroísmo o un heroísmo de juego: heroísmo absoluto. (...) Es un doble ejercicio físico y metafísico de integración espiritual, en que se valora el significado de lo humano heroicamente o puramente en cuerpo y alma, aparentemente inmortal. (...) El toreo sólo quiere ser entendido puramente, exclusivamente, sin contactos de utilidad. ... Por esto las morales utilitarias lo rechazan: porque es inteligente exclusivo, hasta la crueldad; porque elude expresamente, expresivamente, toda consecuencia práctica de moralidad. Y es que hay también, conviene no olvidarlo, lo que el crítico del pragmatismo René Berthelot ha llamado un romanticismo de la utilidad; son estos románticos sentimentales de la utilidad los que no pueden ver el toreo, y como no lo pueden ver, no lo ven, y no lo entienden; ni tampoco lo pueden tragar, que es lo que quisieran: tragarlo después de haberlo masticado moralmente, porque es táctil, aprehensivo, su gusto o empeño voluntario de utilidad; por eso compadecen al toro, padecen con su pasión mortal y no con la inteligencia inmortal del torero que la burla; porque se identifican prácticamente, sentimentalmente, con el toro, que es el que siente o padece vivo; pero no entienden la inteligente burla y birla que es el “arte de birlibirloque” verdadero de torear».

Otro escritor español, Federico García Lorca (1898-1936), también filosofó sobre la tauromaquia. En este orden, sus palabras fueron recogidas por Giovanni Papini (1881-1956), periodista y exponente del movimiento filosófico político de la Florencia de inicios de siglo XX, en su obra *El libro negro*: «Qué es lo que representa el toro en la conciencia de los hombres?, la energía primitiva y salvaje, y al mismo tiempo la ultrapotencia fecundadora. Es el bruto con toda su potencia oscura; el macho con toda su fuerza sexual. Pero el hombre, si quiere ser verdaderamente hombre, debe disciplinar y conducir la fuerza con la inteligencia, debe ennoblecer y sublimar el sexo con el amor. Le corresponde matar en sí mismo la animalidad primigenia, vencer el porcentaje de bruto que hay en él. ... La victoria sobre la bestia sensual y feroz es la proyección visible de una victoria interior. Por lo tanto, la corrida es el símbolo pintoresco y agonístico de la superioridad del espíritu sobre la materia, de la inteligencia sobre el instinto, del héroe sonriente sobre el monstruo espumajante o si se prefiere, del sabio Ulises sobre el cruel cíclope. Así pues, el torero es el ministro cruento en una ceremonia de fondo espiritual, su espada no es otra que el descendiente supérstite del cuchillo sacrificial que utilizaban los antiguos sacerdotes. Y así como también el Cristianismo enseña a los hombres a liberarse de las sobrevivencias bestiales que hay en nosotros, nada hay de extraño que un pueblo católico como el nuestro concorra a este juego sacro, aun cuando no comprenda con claridad la íntima significación espiritual del mismo» (1957: 186 y 187).

El doctor Pedro Laín Entralgo (1908-2001) se pronunció a través de la antropología médica y se acercó al pensamiento filosófico desde un amplio artículo recopilado en el tratado enciclopédico *Los toros en España* (1969). Laín sitúa cuatro pilares en la tauromaquia: el juego, el desafío, el poder y el drama.

En España, las investigaciones antropológicas modernas se iniciaron con el homónimo londinense Julián Pitt-Rivers

(1919-2001). En la *Revista de Occidente* publicó un artículo titulado “El sacrificio del toro” en el cual, con visión de futuro, advertía: «Sin embargo, un rito ha de conservar su propia coherencia a través de sus transformaciones de sentidos; de otro modo correría el riesgo de ser abandonado» (1984: 32).

Así también lo interpreta su homólogo Manuel Delgado Ruiz (1956)³ que coincide en que quedarse solamente en el espectáculo de la corrida de toros y en lo profano deja sin fundamento simbólico a la Fiesta (1989: 32-38). Además, Delgado Ruiz asocia el rito taurino, sacrificial, a la religión católica y al culto mariano.

Y retomamos aquí y ahora el crisol de la religión para añadir un par de nombres más. El de Ángel Álvarez de Miranda (1915-1957), catedrático de Historia de las Religiones en la antigua Facultad de Letras de Madrid, que argumentó en su obra *Ritos y juegos del toro* (1962) que, para el hombre, el toro transmite la energía de la fertilidad, creación y reproducción. Con este autor, el rito sagrado de las corridas de toros pasó a manifestarse como un juego, un rito profano no exento de comparaciones sexuales.

Y el de la antropóloga Ángeles Pérez Álvarez (1955)⁴, de parecida confluencia con Delgado Ruiz, que analiza la fiesta de toros buscando una explicación en el ritual y la religiosidad: «La religiosidad de los toreros es una constante que acompaña al ritual festivo. Se demuestra en variados signos observables, en constan-

³ Manuel Delgado Ruiz (Barcelona), licenciado en Historia del Arte y doctor en Antropología, es profesor titular en el departamento de Antropología Social de la Universidad de Barcelona. Es miembro de la junta directiva del Instituto Catalán de Antropología.

⁴ Ángeles Pérez Álvarez (Sevilla), licenciada en Antropología, desarrolla su labor como investigadora subvencionada por la Junta de Andalucía. Es hija del matador de toros y posterior banderillero Julio Pérez *El Vito*, y nieta del novillero (luego ejerció de banderillero) del mismo nombre.

tes expresiones verbales y dentro de la exégesis considerada por la ortodoxia católica. Aún los considerados “no creyentes” se expresan y se comportan como sujetos religiosos dentro de rituales y símbolos, que permanecen dentro de la Institución hegemónica. Estas creencias manifestadas se configuran como seña de identidad del grupo por la tradición. Pero la forma profunda de entender el ritual festivo, los códigos, significados y los signos que producen lo dotan de una estructura ancestral de religiosidad que trasciende, se combina y coexiste con la estructura instituida, generalizada y dominante en la sociedad contemporánea, pero como parte folclorizada, ociosa de la expresión de un pueblo, nunca como manifestación piadosa. (...) La práctica taurina va más allá de todo oficio, tratar de analizar este mundo desde la antropología del trabajo es restarle una trascendencia, que rodea a todo del que ella participa. Sería importante que se considerase este halo mágico a la hora de intervenir en ella por cualquier persona o entidad, pues en caso contrario una normativa que sobrepase los códigos que se han puesto de manifiesto sería el principio del fin de este fenómeno cultural» (2004: 709-730).

Ángeles Pérez se apoya en el sociólogo Pedro Romero de Solís (1939)⁵ y en su obra *Sacrificio y Tauromaquia en España y América* (1995). Romero de Solís basa sus observaciones en el rito sacrificial de las corridas de toros, sin olvidarse del matiz de la dimensión ética (2010).

Y es que la Fiesta, la corrida de toros, al igual que la religión, pertenece al mundo de lo sagrado. Otra aportación al respecto la ofrece el capellán de la Real Basílica Santuario de la Santísima y Vera Cruz de Caravaca, Pedro Ballester Lorca (1937)⁶. En la actualidad está trabajando en una obra que lleva-

⁵ Pedro Romero de Solís (Sevilla) es doctor en Sociología.

⁶ Pedro Ballester Lorca (Lorca, Murcia) tiene Estudios Humanísticos, tres años de Filosofía y cuatro de Teología, entre otros conocimientos de su vasta formación.

rá por título *Manolete: reflexiones antropológicas y estéticas*. Seis son los caracteres antropológicos que analiza Ballester en la primera parte de la obra: el misterio de su persona y de la ciudad que la configuró; la simbiosis de lo ético y lo estético, lo ético en *Manolete*; el *fatum* latino, el hado, o la *moira griega*, el destino; lo conflictivo y, por último, lo ético heroico.

En la segunda parte del estudio, Ballester concede más significado a lo taurino a través de la filosofía de Hegel, analizando si *Manolete* representó la antítesis y si logró una síntesis.

FILOSOFÍA

Como “le dijo” Francisco Gayo a Ramón Pérez de Ayala (1880-1962) en sus *Cartas imaginarias*

«Señor don Ramón Pérez de Ayala: Señor mío: yo no pierdo corrida de toros ni novillada. Podría justificar mi conducta con argumentación lata y cumplida; pero lo dejo por ahora. No soy de aquellos que van a los toros a divertirse, si bien reconozco que en esa fiesta se puede hallar máximo divertimento. Voy a los toros a estudiar filosofía ibérica» (1915: 9 y10).

Con la misma rotundidad se mostró el filósofo Cecilio Fillol (1909-1979). No publicó sus pensamientos en vida, han sido sus antiguos alumnos del Instituto Bernardo de Valbuena, en Valdepeñas, Ciudad Real, quienes a partir de 1984 han ido sacando a la luz su obra. En su *Metafísica Taurina* (2009), concebida en una época que ni mucho menos se corresponde con la de la edición y por lo tanto prioriza una serie de valores, huye de la línea de todo lo expuesto en este escrito y de lo que aún queda por referir: simbolismo, mitología, rito..., para justificar filosóficamente la existencia de la tauromaquia y el sentido de la fiesta de toros: pura metafísica basada en el pensamiento tradicional español y en el raciocinio.

Fillol abandera su tesis con la “verdad”, con la filosofía “pura”. Él mismo concibe la vida como una tauromaquia, y llama metafísica taurina a su propio “vivir”. Algia y estética son las dos vigas de un pensamiento profundo, que deja de lado visiones y pseudociencias. Tiene claras influencias de Freud en cuanto al concepto de crueldad, y también del cristianismo, al conjuntar cuerpo y alma (las religiones orientales buscan más el alma) y al no mostrar una huída ante la muerte. La reflexión de Fillol no se terminó, fue simplemente un punto de partida para nuevas deliberaciones y búsquedas filosofo-taurómacas.

Fernando Sánchez Dragó (1936)⁷ se acercó a la tauromaquia en su dimensión mitológica y religiosa en el año 1978 con la primera edición del libro *Gárgoris y Habidis: una historia mágica de España* (1981). En la historia de España y sus enigmas, Dragó dedica algunos capítulos a la tauromaquia partiendo de los orígenes, del rito sagrado, hasta llegar a la era de Cristo y al cristianismo, con el que encuentra equivalencias y relaciona cada elemento de la Fiesta con la religión católica.⁸

Este mismo argumento lo mantiene en las últimas páginas de su obra *Y si habla mal de España... es español* (2008: 313-370), donde hace su definición definitiva «La Tauromaquia es –por encima de cualquier otra definición o comparación posibles, y son muchas las que le cuadran– un sacramento. Vale

⁷ Fernando Sánchez Dragó (Madrid), licenciado en Filología Románica y Lenguas Modernas, ha sido profesor de Lengua, Literatura e Historia de España en universidades de España, Italia, Japón, Estados Unidos, Senegal, Marruecos, Jordania y Kenia. Desde mayo de 2001 dirige el Colegio de España en París.

⁸ Capítulos sobre Tauromaquia: Primera parte (vol. 1) “Los orígenes”, capítulo II “Gárgoris y Habidis”, “Taurolatrías y Tauromaquia”, págs. 136-141. Tercera parte (vol. 3) “Minorías y marginaciones”, capítulo III “Los gitanos aproximadamente”, “Taurobolios y Tauromaquias”, pág. 128. Cuarta Parte (vol. 4) “Entre la clandestinidad y la farsa. Aquí cerca y ahora mismo. La involución”, capítulo IV “Los Toros”, págs. 209-220.

decir: la manifestación de algo visible que provoca en quien lo ve (y más aún en quien lo genera) un estado de gracia procedente de lo invisible» (*Ibidem*: 319) Y a continuación va identificando cada momento tauromáquico con el bautismo, la confirmación, el sacerdocio, la penitencia, el matrimonio, la eucaristía y la extremaunción. Todo ello deriva, finalmente en una defensa de la Fiesta, con lo que cierra el libro.

Tras esta obra, la filosofía del autor ha derivado en una rotunda apología de la tauromaquia desde todos los puntos de vista posibles.

No menos conocido autor es Fernando Savater (1947)⁹. Asentado en Friedrich Nietzsche, Émile Cioran y, sobre todo, en Baruch de Spinoza, ha racionalizado lo tauromáquico. «No tengo una doctrina especial sobre la tauromaquia -dice-, creo que es una expresión simbólica de nuestra conciencia de vivir siempre tanto mejor cuanto más de cerca burlamos la muerte. Es ese juego -que siempre acaba mal- el que da intensidad y sabor a la vida, es decir, la *humaniza* más»¹⁰.

Así lo ilustra más ampliamente en su libro *La tarea del héroe* (1981: 306-312), para pasar a hablar de la llamada *Tauroética* (2010: 67), donde recobra la tradición ética occidental frente a los conceptos orientales que poco a poco se van imponiendo: «En las corridas de toros lo que hay es propiamente más crudeza que crueldad; porque vemos en el ruedo una cruda realidad que alcanza niveles simbólicos y sugerencias alegóricas sin enmascarar nunca por completo su fiereza desasosegante y cruda. Esa realidad que se muestra es la realidad de la muerte, cuya anticipación ciertísima constituye el elemento clave que funda nuestra conciencia humana».

⁹ Fernando Fernandez-Savater (San Sebastián) ha sido Catedrático de Filosofía en la Universidad Complutense de Madrid hasta octubre de 2008, fecha en la que decidió jubilarse.

¹⁰ Declaraciones de Fernando Savater para la revista *Cuenta y Razón*.

Víctor Gómez Pin (1944)¹¹, es un filósofo que centra su trabajo en la ontología y la teoría del conocimiento. Su aproximación a la tauromaquia se ha producido en la medida en la que, en estos momentos, se sitúa en el centro de una polémica general sobre el lazo entre hombres y animales, siendo éste sin duda un problema filosófico. La ética del trato a los animales la aborda en términos generales en *El hombre, un animal singular* (2005) y en una segunda obra, *Entre lobos y autómatas* (2006). «La homología genética entre humanos y otros animales no debe hacernos olvidar que, en materia de ética, lo esencial es la causa del hombre», explica Gómez Pin.

Tiene en su ensayo *La escuela más sobria de la vida: tauromaquia como exigencia ética* (2002) un compendio de respuestas antropológicas, éticas, estéticas y filosóficas frente a las dudas que pueda generar lo taurómico. De nuevo, el inicio de la tauromaquia parte de un rito, un rito en el que la persona, el torero, se concientia mediante el sufrimiento de su condición de ser humano para derivar también en una final defensa de la Fiesta. «La Tauromaquia no infringe ningún imperativo ético universal, en la medida en que a los aficionados nos les mueve la máxima subjetiva de ver sufrir al animal, sino que tal sufrimiento es el precio de un rito, precio no más excesivo que el que se da en otros ritos constitutivos del orden simbólico. Si no fuera así, yo sería el primero que estaría en contra de la Tauromaquia», apunta Gómez Pin.¹²

Una “penúltima” corriente filosófica “aplicada” a la tauromaquia es la de María Teresa Cobaleda (1962)¹³, plasmada en

¹¹ Víctor Gómez Pin (Barcelona), doctor en Filosofía por la Universidad de París, es Catedrático de la Universidad Autónoma de Barcelona.

¹² Declaraciones de Víctor Gómez Pin para la revista *Cuenta y Razón*.

¹³ María Teresa Cobaleda (Salamanca) es doctora en Filosofía por la Universidad de Salamanca. Cofundadora y presidenta de la Sociedad Castellano-Leonesa de Estética y Theoría del Arte. Senadora del Partido Popular por Salamanca.

las últimas páginas de su obra *El simbolismo del toro. La lidia como cultura y espejo de humanidad* (2002:329-292). Se trata de la Esthétique Originaria, creada por Santiago Pérez Gago, –profesor ya jubilado– de Estética de la Universidad de Salamanca. Es la propia Mariate Cobaleda quien nos inicia en ello: «la Esthétique Originaria está basada en tres fuentes principales: la sabiduría órfica, que tiene como método la escucha de la armonía primordial y de la luz originaria; la mística española: la luz no usada y la soledad sonora; y, por último, Antonio Machado y la Autoconciencia integral, la esencial heterogeneidad del ser, la luz que ve, increada y la nueva metafísica sin negaciones ni contrarios»¹⁴.

«La Esthétique Originaria –continúa– intenta superar las limitaciones de los métodos filosóficos tradicionales, gnoseológicos, basados en sistemas lógico-rationales, en los que se da la alterogeneidad sujeto-objeto. Todos estos métodos filosóficos se basan en la dialéctica racional, conceptual, categórica y científica; pero se olvidan del sentido etimológico de filosofía (*filosofia*: amor a la Sabiduría), donde el método para acceder a la sabiduría es el corazón, el sentir, la admiración, la fascinación; y para llegar a su fondo: el misterio, lo inefable, lo ilimitado. El ser: la esencia de la realidad, la belleza que hay al fondo de todas las cosas bellas. Antonio Machado –que es una de las fuentes en las que bebe la Esthétique Originaria– soñaba con una nueva dialéctica, sin negaciones ni contrarios, que Abel Martín llama lírica y, a veces, mágica. La razón, el método lógico, funciona siempre con negaciones y contrarios, con conceptos y categorías (“a” es “a”, pero no puede ser “b”). Pero la Esthétique aspira a superar todos los contrarios, a la complementariedad de los contrarios, a la integridad en la que estarían todas las cosas en su esencia

¹⁴ Declaraciones de Mariate Cobaleda para la revista *Cuenta y Razón*.

incluidas excluyéndose. Lo cierto es que en España, como en toda la cultura meridional, del Mediodía, no ha habido importantes filósofos racionalistas, como ya apuntaba María Zambrano, cuando, además, nos recordaba que en España los sabios son los místicos, lo poetas, los pintores. Podríamos añadir que en España los sabios son, también, los toreros».

Y todo ello, aplicado a la tauromaquia, arroja lo siguiente: «La Tauromaquia, como arte, es fuente y método de sabiduría, desde el corazón, desde la pasión. Un arte sublime, que convierte los contrarios en complementarios, que “convierte los límites en orilla”, y las sombras en luz. El toro ideal es un símbolo y arquetipo de humanidad, en el que se encarnan los principales valores de la ética universal, como la nobleza y el valor-valentía (bravura): virtudes y valores, que han de prevalecer por encima de los cambios de cualquier moral, que varía siempre con las modas o las costumbres. El toro es emblema del cosmos, de la naturaleza, del origen: que llega del campo a la ciudad para que el hombre, perdido en el laberinto ciudadano - en la civilización de lo artificial y sofisticado, de lo insípido, descastado y desnaturalizado-, recupere y se bautice, de nuevo, en estos valores éticos que el toro le recuerda en la lidia; unos valores, una ética profunda, que la moral ciudadana ha echado fuera del principal código de conducta del hombre actual».

«Sí, del hombre actual -añade- porque la Tauromaquia es un espejo redondo en el que la humanidad se mira, se revela y se confiesa; y es también un espejo retrovisor en el que el hombre puede acudir a lo más originario de su ser reconociéndose y admirándose en el toro bravo. El torero, el ideal, también es un emblema que participa de los mismos valores del toro: nobleza y valor (bravura en el toro). La lidia es un rito sacrificial, un auto sacramental, un trance de Estética Originaria. Un verdadero trance estético en el que, gracias a la admiración o a la Gran

Pasión del Arte, *los límites se convierten en orilla*, las sombras de la existencia, son integradas en la luz de la emoción y fascinación artística, y el tiempo limitado se convierte en eternidad. Y es que, el temple torero, desde la Estética Originaria, es un ensayo humano de eternidad; de una eternidad que no existe en este mundo, pero que se sueña. El olé, cuando es emoción profunda, sentida, nos abre la Puerta Grande del misterio, de la Luz. De la Luz que se escucha en el corazón, desde un olé rotundo que nos pronuncia a todos, en una misma palabra, en una misma faena, que es pase soñado a la gloria y a la eternidad».

Y finaliza:

«no existe dualidad, alterogeneidad toro-torero-público, sino unidad, comunión, integridad: la esencial heterogeneidad del ser, que decía Machado; y, así, la lidia puede convertirse en ejemplo de aquella dialéctica sin negaciones ni contrarios, con la que soñaba el sabio poeta de *Campos de Castilla*, y que da valor y fundamento a toda la Estética Originaria».

FRANCIA: INTIMISMO Y EROTISMO... Y FRANCIS WOLFF

Francia, país de gran pureza taurina, ha filosofado igualmente sobre todo ello. Dos de sus autores ya han sido citados, no obstante, volveremos a retomarlos en este apartado. Cómo no, lo íntimo, lo erótico y lo sagrado han sido los fundamentos de la cultura gala.

Michel Leiris (1901-1990) relacionó tauromaquia con sexo, desde una fundamentación antropológica y estética: «Por ello, parece posible, y nos proponemos explotarlo, que el pase, en sí, tanto como la corrida, en general, considerados, ambos, en sus analogías con la actividad erótica, hagan oficio y nos pueden servir de verdadero hilo de Ariadna» (1995: 52).

En la siguiente página matiza: «La especie de danza en la que se unen, se enhebran, se separan, próximos el hombre y el

animal, a lo largo de una serie de pasos y de pases animados con un ritmo de vaivén que constituyen una emocionante sucesión alternativa de acercamientos y alejamientos muy parecidos a los movimientos del coito; la estocada final, en la que concluye toda esta exhibición amorosa, que es como una penetración que debe culminar, siguiendo una expresión consagrada, hundiendo el matador su espada en la herida hasta mojarse la mano» (*Ibidem*: 53).

Y finaliza la explicación de la faena: «... después de tantas caricias cada vez más punzantes, los dos compañeros se separan, el uno del otro, ahora como extraños. Es, entonces, cuando la ovación del público estalla coronándolo todo, como si fuera la distensión del placer; y, por ello, se puede hablar de la ovación, tanto en su sentido admirativo como en el más trivial, como en el de una *descarga*, es decir, de una caída del potencial nervioso semejante a una bajada de fiebre, y también de una eyaculación que tuviera por esperma los *¡olé!*» (*Ibidem*: 57)

Y Georges Bataille (1897-1962), otro autor francés también atraído por la Fiesta, bebió de la fuente de la Leiris; de hecho, la dedicatoria de su libro *El erotismo* (1988) es para el citado filósofo: “A Michel Leiris”.

Luís Martín Arias (1956)¹⁵, en un trabajo de título expresivo y descarnado, ha rescatado y valorado las consideraciones filosóficas de los citados pensadores (2002: 31-44). Identifica y resume el complicado binomio filosófico-erótico entre Bataille y la tauromaquia de la siguiente manera¹⁶:

«Para Bataille, este último (erotismo) es la aprobación de la vida hasta en la muerte, siendo el sentido fundamental de la reproducción la clave del erotismo, pues la reproducción pone

¹⁵ Luis Martín Arias (Puertollano, Ciudad Real), doctor en Medicina, es profesor titular de Farmacología en la Facultad de Medicina de la Universidad de Valladolid y profesor de la Cátedra de Cine en esta misma Universidad.

¹⁶ La obra referenciada por Luis Martín Arias es *El Erotismo* (Bataille, 1988).

en juego seres discontinuos; tan discontinuos, habría que añadir, como pueden ser, en la escena tauromáquica, el hombre y el toro: entre un ser y otro hay un abismo, hay una discontinuidad. Y es que, si bien somos seres discontinuos, individuos que morimos aisladamente en una aventura ininteligible, al tener la nostalgia de la continuidad perdida el erotismo ejercería en nosotros una función sagrada ya que puede sustituir el aislamiento del ser, su discontinuidad, por un sentimiento de continuidad profunda, mediante la plena confusión de dos seres. Por otra parte, la muerte y la reproducción tienen en común la violencia de la que ambas participan, que no es otra cosa que la violencia de la naturaleza considerada como un derroche de energía viva y como una orgía del aniquilamiento, por lo cual ya no podemos encontrar diferencia alguna entre la muerte y la sexualidad. La sexualidad y la muerte no son más que los momentos agudos de una fiesta que la naturaleza celebra con la multitud inagotable de los seres, pues una y otra tienen el sentido del despilfarro ilimitado al que procede la naturaleza en contra del deseo de durar que es propio de cada ser».

Llega Bataille a la religión, la antropología y la ética con un hilo conductor: el sacrificio. Y, a pesar de la dura crítica que hace del cristianismo, dice: «En el cristianismo y en el budismo, el éxtasis está fundado en la superación del horror». Y puntualiza Martín Arias al respecto: «No podemos evitar morir, no podemos evitar salir de los límites que son una misma cosa, la cuestión está en hacerlo de una forma organizada y limitada: la Tauromaquia nos ofrece un ejemplo magnífico de que es posible hacerlo, superando el horror mediante lo simbólico».

Francia ha sido y es más culta en su afición. El escritor Claude Popelin (1899-1982) racionalizó por completo la interpretación de la Fiesta. Su testigo lo siguen retomando nuevos escritores más letrados, si cabe.

François Zumbiehl también se ha interesado por la perspectiva romántica y su estudio. Así lo ha dejado plasmado en su artículo *Tauromaquia a la francesa* (Eros casi sin Thanatos) (1989: 5-12). Zumbiehl se identifica en lo hermenéutico con la fenomenología existencial de Merleau-Ponty, con Sartre y con el pensamiento de Gadamer; y, en lo ético, con el estoicismo de Séneca. Y así explica su propia filosofía de la tauromaquia:

«El sentido profundo de la tauromaquia consiste en lograr que la muerte, simbolizada por la realidad temible de la fiera, sea transfigurada por el arte del hombre vestido de luces, hipnotizada de alguna manera; que se deje convencer un momento ya que nunca se dejará vencer del todo»¹⁷.

Y continúa:

«Aquí es importante entender que no se trata sólo de la muerte del toro, o de la muerte representada por él. Aquí no se viene a ver morir a un animal individual, lo cual sería sin lugar a dudas un acto de crueldad. Se viene a participar en una ceremonia en la cual la muerte del toro ocupa desde luego un lugar central (sin olvidar que esta muerte representa también la nuestra, la de todos los mortales), pero cuyo fundamento a fin de cuentas es la comunión entre la vida y la muerte, la celebración de esta pareja esencial que determina el curso de todos los seres y que se encarna en esta otra pareja que vemos desenvolverse en el ruedo».

«En su faceta luminosa la corrida induce una idea de resurrección una vez que el peligro ha sido superado por el matador. Pero todo pertenece al mismo tiempo a la vida y a la muerte en la corrida, empezando por el toreo. La conciencia que el torero y el aficionado comparten de este arte singular se centra sobre la evidencia de su realidad frágil y efímera, en el mismo momento en que éste se esfuerza por despertar la ilusión de una

¹⁷ Declaraciones de François Zumbiehl para la revista *Cuenta y Razón*.

eternidad no permanente. La clave aquí es el temple, cuya finalidad consiste en estirar y lentificar los pases, en otras palabras en dilatar la muerte irremediable de su belleza. El torero esculpe el tiempo como si pudiera adueñarse de él, a sabiendas de que es imposible pararlo. Cada segundo de toreo templado queda envuelto por esta *muerte perezosa y larga*, tan conmovedora como una nota musical en suspenso, última vibración del cante antes del silencio definitivo».

Además de la consulta a su obra *El Discurso de la Corrida* (2009), esta última perspectiva estética queda muy bien argumentada cuando habla de una «estética inherente al toreo y su peculiaridad: «Esta dialéctica del temple, que aspira a dar en los pases una sensación de tiempo lentificado, casi de eternidad, en el marco de una creación artística fatalmente efímera. Este juego con el tiempo, alargado y sublimado, pero que termina por someterse a la ley universal de la muerte, en este caso la muerte del toro y de la faena, es decir de la propia obra de arte, encierra una filosofía tremendamente humana y emocionante» (Zumbiehl, 2005).

Retener el toreo es imposible aunque, como advirtió su compatriota Francis Wolff cuando pronunció el Pregón Taurino en el sevillano Teatro Lope de Vega, el 3 de abril de 2010, «un natural de Curro Romero en el 99 duró ocho años». Y es precisamente Francis Wolff quien más profundiza en el análisis tauromáquico de una manera global. Para definir su perspectiva filosófica él mismo revela que en la actualidad «está intentando encontrar una vía contemporánea, ni subjetivista como la corriente fenomenológica, ni hacia el logicismo de la filosofía analítica anglosajona»¹⁸.

Dice identificarse más con la corriente neo-aristotélica y, respecto a la tauromaquia, considera que «hay que salvar el humanismo universalista frente al animalista Llamo animalista

¹⁸ Declaraciones de Francis Wolf para la revista *Cuenta y Razón*.

-puntualiza- a la reducción del hombre a su animalidad». Para comprender estos fundamentos de ética humanista hay que abrir su libro *Notre humanité. D'Aristote aux neurosciences* (*Nuestra humanidad. De Aristóteles a las neurociencias*), editado en Francia en 2010.

A este respecto, de interesante lectura resulta su obra *Filosofía de las corridas de toros*, publicada en España también en 2010. En el prefacio de la misma queda explicado y resumido lo que va a encontrar el lector: (...) «la corrida de toros se presta al análisis conceptual cuando afecta a los valores. No se sabe bien lo que es, pero se discute para saber lo que vale. La duda sobre su *naturaleza* y las diferentes posiciones que esa perplejidad engendra debe ser recordada como *prólogo* a cualquier otro análisis. Nos ha gustado escribirlo en forma de diálogo *socrático*, pues Sócrates se negaba siempre a responder a las cuestiones de valor sin haber examinado previamente las de definición... y con frecuencia éstas resultan irresolubles (¿acaso no es así en el caso de la inclasificable corrida de toros?). Así pues, el resto del libro está dedicado a la cuestión de los valores» (Wolff, 2010: 13).

Especialmente, es en su primer capítulo, “De nuestros deberes para con los animales en general y los toros de lidia en particular”, y en el tercero, “Ser torero”, donde el punto de vista de la ética alcanza el gran razonamiento. La estética queda desarrollada en el quinto, “Ver la corrida de toros como un arte” y sexto, “Torero, arte clásico e impuro”.

Y adentrándonos algo más en el aludido Pregón que Wolff pronunció en Sevilla (2010), encontramos toda una lección de filosofía clásica. Compara la tauromaquia con las cuatro grandes corrientes griegas. La idea de Platón se manifiesta en la arena, donde «un hombre común se transforma en torero y puede escuchar *¡torero, torero!*, algo que no sucede en otras actividades, donde no se grita *¡cantante!* o *¡futbolista!*».

Con Aristóteles y la oposición del ser en potencia y acto, y de materia y forma apuntó que «la bravura se encuentra sólo en potencia en el campo y se transforma en acto en el ruedo». La obra de arte del torero nace cuando da forma a una materia, cincela la naturaleza del toro, sometiéndola contra su propio instinto para modificarla a su concepción artística.

El estoicismo estaría aplicado al “aguante” y se desarrolla en las cuatro virtudes canónicas del toreo: combatir con valor; enfrentarse con dignidad y vergüenza al toro, delante del público, sin mirarse cuando se cae herido, si es preciso; dominio de sí mismo; y matar al toro con lealtad, arriesgando su propia vida. Todo ello «siendo siempre el mismo, pase lo que pase».

Por último, con *Epicuro* y el placer como única manera de actuar, identificó a los aficionados que, además del toreo, disfrutaban de la música, el color... y de placeres intelectuales. Y añadió: «un torero transmite lo imposible», por ejemplo, en «una serie de naturales puede transmitirnos miedo y también ese setimien-to de eternidad, de armonía». Ahí, en esos conceptos contradictorios, «el toreo sobrepasa a las otras artes».

En el año 2007, la revista *Critique* editó un número monográfico en el que se pronunciaron los últimos pensadores franceses en sumarse a esta dialéctica, como Christian Delacampagne¹⁹, fallecido ese mismo año, y Vicent

¹⁹ Christian Delacampagne (1949-2007), doctor en Filosofía y Letras. Fue director del Instituto Francés en Madrid y Barcelona y profesor de Filología Francesa en la Universidad de Connecticut (EE.UU.) y de Tufts, Medford (Massachusetts, EE.UU.), y profesor titular de Literatura y Filosofía en el Departamento de Lenguas Romances y Literatura de la Universidad John Hopkins, Baltimore (Maryland, EE.UU.). La cuestión de la estética y la filosofía política llenaron la mayor parte de las páginas de sus trabajos. El artículo publicado en *Critique* lleva por título “Voir ce que l’on n’a pas vu: paradoxes de la corrida” (“Ver lo que no se vio: paradojas de la corrida”).

Delecroix,²⁰ junto a otros que ya habían escrito sobre la materia, Alain Renaut²¹, y varios autores que completan “el cartel”, entre los que se encuentra también Wolff.

MÉXICO: REVISIÓN DE SACRIFICIO TAURÓMACO

En octubre de 2009, Natalia Radetich Filinich²² presentó en la Universidad Nacional Autónoma de México la tesis doctoral titulada *Filosofía y sacrificio: una exploración en torno al sacrificio taurómico*, dirigida por Ignacio Díaz de la Serna. Supone una auténtica revisión del sacrificio del toro –siguiendo el exhorto socrático sin culminar en él– y de los pensamientos de los clásicos en la materia –ya citados en este trabajo–, como George Bataille, José Bergamín, Jacques Derrida o Michael Leiris.

Y es precisamente ahondando en Bataille donde concluye así:

«En este tenor, el sacrificio taurómico es un sacrificio paradigmático: escapa resueltamente al cálculo de los medios y los fines, no busca nada, no quiere nada, no postula –ni siquiera en la explicación discursiva que ofrece de sí mismo– una finalidad

²⁰ Vicent Delecroix (1969) es doctor en Filosofía. Imparte clases de Filosofía en École Pratique des Hautes Études, París. Estudiante de Kierkegaard, sus investigaciones se centran en el concepto de la verdad en el discurso religioso de la filosofía contemporánea. El artículo publicado en *Critique* lleva por título “Suspension et fondation rituelles de l'éthique dans la corrida” (“Suspensión y fundación ritual de la ética en la corrida”).

²¹ Alain Renaut (1948) catedrático de Filosofía Política y Ética en la Universidad de París. Tras apoyarse en Heidegger y posteriormente Kant, ha ido evolucionando en sus pasos a través de la filosofía moral y la post-metafísica para derivar en la filosofía política. El artículo publicado en *Critique* lleva por título “L'humanisme de la corrida” (“El humanismo de la corrida”).

²² Natalia Radetich Filinich es doctora en Antropología por la Universidad Nacional Autónoma de México y licenciada en Etnología por la Escuela Nacional de Antropología e Historia, México, D.F

como razón de sí. El sacrificio del toro en la fiesta brava es un sacrificio sin futuro y sin fruto: no quiere nada a cambio de su víctima, no busca la unión con una instancia trascendente o divina, no aspira a mantener ningún orden, no quiere constituirse en expresión de sumisión, no persigue un objetivo expiatorio, propiciatorio, adivinatorio o de gratitud. El sacrificio tauromáquico, digámoslo así, *se aguanta a sí mismo en su inutilidad constitutiva*: no apela a ninguna finalidad para justificarse o para explicarse, no construye un discurso justificatorio alrededor de sí mismo» (2009: 14).

Y en el Epílogo de su gran tesis deduce: «Así, el sacrificio del toro en la fiesta brava no aspira a la plenitud de un sentido (un sentido que estaría cifrado en una instancia divina o en una finalidad justificatoria), sino que *abre* su destino hacia la posibilidad infinita, hacia la elaboración–libre de toda finalidad– de distintas explicaciones sobre sí mismo. Su ausencia de plenitud –ausencia de fin y de dios– abre el camino de la discusión infinita. (*Ibidem*: 120).

Y es que «los toros son un gran drama elemental y sangriento con la Filosofía al quite» (Pemán, 1951). “Quite” que prolongo al final de este artículo, con un pequeño listado de lecturas complementarias, por si el lector se interesa en profundizar algo más en la materia y evitar así extenderme demasiado».

EN CONCLUSIÓN

No hay que olvidar que en toda polémica, debate o convencimiento, hay una parte racional y otra pasional.

A la tauromaquia hay que concebirla como una unidad con sus diversas magnitudes. Y cada una de éstas hay que darla su correspondiente tratamiento y protagonismo. Su dimensión social no se remite únicamente a lo popular y lo festivo. De la misma manera que su proyección cultural no se queda en la estética y en el arte en general, sino que abarca toda una serie de

valores existenciales dignos de sentir y analizar; dignos de vivir en la intimidad de cada persona.

La tradición, la ética y el simbolismo no se pueden perder. Un ejemplo no muy lejano en el tiempo pueden ser los festejos taurinos que se han pretendido ofrecer en Las Vegas, con rehiletes que se prenden al lomo del bravo mediante esas tiras autoadherentes que coloquialmente se identifican como “velcro”. Sin autenticidad y sin verdad, lo que se ha celebrado ha sido un espectáculo circense, anodino y patético, sin ni siquiera rozar el adjetivo de “comercial”, pues la taquilla apenas facturó “tickets”.

En plena corriente de coexistencia social, diversidad cultural, tolerancia, y respeto de identidades, una vez más el concepto de globalización, que todo lo absorbe, quiere imponer lo que se presume como una política correcta que quizá no sea nada más que otra rama –una más, ni mejor ni peor, ni la única– de la filosofía de la vida: el animalismo que pretende camuflarse con el fundamentalismo puro y riguroso de la ecología. Habría que recordar que tienen los hombres un máximo derecho, el de la libertad y, por ende, diversas maneras de entender la vida, diversas interpretaciones de existir y coexistir, y diversas concepciones del universo y la naturaleza. No existe ni existirá una directriz universal, absoluta, verdadera e incuestionable sobre lo que está bien o mal. No se pueden imponer unas únicas argumentaciones moralistas. De la misma manera que los animales no se pueden divinizar. Y el filósofo, como dice Francis Wolff ²³ «siempre tuvo el deber de analizar la realidad en toda su complejidad y de luchar contra las ideologías dominantes».

Y, de la mano de Félix Moreno y Manuel Serrano, me gustaría añadir aquí una de sus frases (1920: 62):

«Parece disparatado abrir al templo filosófico un ventanal taurino; pero si bien se mira, filosofar es pensar, buscar las raíces de

²³ *Cuenta y Razón.*

las cosas, y se dice que filosofa quien conversa a solas, cavilando todas las posibles modalidades, todos los puntos de vista que puedan presentar un orden cualquiera de cosas».

“A solas”... Qué matiz tan interesante.

Deseo terminar esta exposición de la mano de quienes me han ayudado a iniciarla. José María Pemán puntualizó: «La Filosofía, cada vez definida más laxamente, consiste en inquietarse sobre las cosas, todas» (1951: 1). Este puede ser sin duda un punto de encuentro: el conocimiento y la comprensión (entendida como razonamiento). Y Enrique Tierno Galván (1951: 20) dijo sencillamente: «...son los toros un acontecimiento que, en cuanto tal, lleva implícita la exigencia de definirnos ante él». Ahora bien, me gustaría añadir, para ello es necesario el saber, y este llega con la ilustración. Todo se remite, pues, a un conocimiento de la Tauromaquia.

BIBLIOGRAFÍA

- A.A.V.V. (2007): *Critique*, “Éthique et esthétique de la corrida” (“Ética y estética de la corrida”), N^{os} 723-724, Paris, août-septembre, Concours des centro National du Livre.
- Álvarez de Miranda, Angel (1962): *Ritos y juegos del toro*, Madrid, Taurus.
- Bataille, Georges (1988): *El erotismo*, Barcelona, Tusquets Editores.
- Bergamín, José (1974): “El entendimiento del toreo”, en *Litoral*, N^{os} 47-48, Torremolinos (Málaga).
- _____ (1981): *La música callada del toreo*, Madrid, Turner.
- Campos de España, Rafael (1961): *Qué es torear, Historia crítica de la filosofía del toreo*, Madrid, Gráficas Versal.
- Cobaleda, Mariate (2002): *La lidia como cultura y espejo de humanidad*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- Delacampagne, Christian (2007): “Voir ce que l’on n’a pas vu: paradoxes de la corrida” (“Ver lo que no se vio: paradojas de la corrida”) en *Critique*, París, Concours des centro National du Livre.
- Delgado Ruiz, Manuel (1989): “El toreo como arte o cómo se desactiva un rito”, en *Taurología*, N^o 1. Madrid, otoño págs. 32-38.
- Delecroix, Vicent (2007): Suspension et fondation rituelles de l’éthique dans la corrida” (“Suspensión y fundación ritual de la ética en la corrida”), en *Critique*, París, Concours des centro National du Livre.
- Gayo, Francisco (Pérez de Ayala, Ramón) (1915): “Los espontáneos. Cartas Imaginarias”, en *España. Semanario de la vida nacional*, N^o 8, Madrid. 19 de marzo, págs. 9 y 10.

- Gil González, Juan Carlos (Coord)(2010): “Los valores nietzscheanos de las corridas de toros”, en *La fiesta de los toros*, Biblioteca Nueva, Madrid.
- Gómez Pin, Víctor (2002): *La escuela más sobria de la vida: tauromaquia como exigencia ética*, Madrid, Espasa-Calpe.
- _____ (2005): *El hombre, un animal singular*, Madrid, La Esfera de los libros.
- _____ (2006): *Entre lobos y autómatas: la causa del hombre*. Madrid, Espasa Calpe.
- Laín Entralgo, Pedro (1969): *Los toros en España*. Editorial Orel, Madrid, 3 vols.
- Leiris Michel (1995): *Espejo de Tauromaquia*, Madrid, Turner.
- López Pelegrin, Santos Abenamar (1995): *Filosofía de los toros*, Valencia, Librería París-Valencia [facsímil].
- Martins Arias, Luis (2002): “Tauromaquia o cómo plantarle cara al horror”, en *Trama & Fondo. Revista de Cultura*, Nº 12, Segovia, 1 de junio, págs. 31-44.
- Miró Quesada, Óscar (1922): *La realidad del ideal*, Lima, E. Moreno.
- _____ (1948): “La estética del toreo”, en *Revista Nacional de Educación*, Nº 81, Año VIII, Segunda época, Madrid.
- _____ (1953): *La renovación estética por el toreo*, Lima, Ministerio de Educación Pública.
- Moreno Ardanuy, Felix y Serrano del Cid, Manuel (1920): *Filosofía taurina*, Madrid, Librería Fernando Fe.
- Muñoz Fillol, Cecilio (2009): *Metafísica Taurina*. Valdepeñas, Asociación Cultural Cecilio Muñoz Fillol.
- Nietzsche Friedrich (2002): *El crepúsculo de los ídolos*, Madrid, Edaf.
- Ortega y Gasset, José (1960): “La caza y los toros”, *Revista de Occidente*, Madrid.

- _____ (1961): Anejo a Ortega, Domingo.: *El arte del toreo y la bravura del toro*. *Revista de Occidente*, Madrid, págs. 111-123.
- Papini, Giovanni (1957): *El libro negro*, Barcelona. Luis de Caralt. Capítulo “Coloquio con García Lorca (o de las corridas)”, págs. 186 y 187.
- Pemán, José María (1951): “Filosofía del toreo”, en *Abc*, Madrid, 23 de agosto.
- Pereda, Julián (1945): *Los toros ante la Iglesia y la moral (1945)*, Bilbao, Ediciones Vita.
- Pérez Álvarez, Ángeles (2004): “La corrida: un ritual taúrico o expresión de religiosidad”, en *Zainak, Cuadernos de Antropología-Etnografía*, Nº 26, Donostia, págs. 709-730.
- Pitt-Rivers Julián (1984): “El sacrificio del toro”, en *Revista de Occidente*, Nº 36, Madrid, mayo.
- Radetich Filinich, Natalia (2009): “Filosofía y sacrificio: una exploración en torno al sacrificio taurómico”. Tesis doctoral. Universidad Nacional Autónoma de México, México, D.F.
- Renaut, Alain (2007): “L’humanisme de la corrida” (“El humanismo de la corrida”), en *Critique*, París, Concours des centro National du Livre.
- Romero de Solís, Pedro (1995): *Sacrificio y Tauromaquia en España y América*, Sevilla, Real Maestranza de Caballería de Sevilla, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla, Fundación de Estudios Taurinos.
- _____ (2010): “La dimensión ética de las corridas de toros de muerte”. Conferencia pronunciada en el Congreso Internacional de Ciudades Taurinas, Vila Franca de Xira, Portugal.
- Sánchez del Arco, Manuel, *Giraldillo* (1951): *Filosofía del toreo*, Madrid, Prensa Española.
- Sánchez Dragó, Fernando (1981): *Gárgoris y Habidis. Una historia mágica de España*, Madrid, Ediciones Hiperión. 4 vols.

- _____ (2008): *Y si habla mal de España... es español*, Barcelona, Planeta.
- Savater, Fernando (1981): “El torero como héroe”, en *La tarea del héroe*, Barcelona, págs. 306-312.
- _____ (2010): *Tauroética*, Madrid, Turpial.
- Sureda, Guillermo (1978): *Tauromagia*, Madrid, Espasa-Calpe.
- Tierno Galván, Enrique (1989): *Los toros, acontecimiento nacional*, Madrid, Turner.
- Torralla de Damas, B. (1932): *Filosofía del toreo*, Madrid, Espasa-Calpe.
- Wolff, Francis (2008): “La ética de las corridas”, en *www.abc.es*. 1 de junio http://www.abc.es/hemeroteca/historico-01-06-2008/abc/Domingos/la-etica-de-las-corridas_1641905351734.html.
- _____ (2010): *XXVIII Pregón Taurino Sevilla 2010*, Sevilla, Real Maestranza de Caballería.
- _____ (2010b): *Filosofía de las corridas de toros*, Barcelona, Ediciones Bellaterra.
- Zumbiehl, François (1989): *Tauromaquia a la francesa (Eros casi sin Thanatos)*. En *Taurología*, Nº 1, Madrid, Otoño, págs. 5-12.
- _____ (2005): “Los valores culturales de los toros”. Ponencia para la mesa: “La Fiesta en sus entornos culturales y sociales. VIII Congreso Mundial de Ganaderos de Toros de Lidia, Cáceres, del 3 al 7 de octubre.
- _____ (2009): *El Discurso de la Corrida*, Barcelona. Bellaterra.

LECTURAS COMPLEMENTARIAS

- Delgado Ruiz, Manuel (1984): *De la muerte de un Dios. La fiesta de los toros en el universo simbólico de la cultura popular*. Península, Barcelona, 1984.

- _____ (1989): “El toreo como arte o cómo se desactiva un rito”, en *Taurología*, N° 1, Madrid, págs. 32-38.
- _____ (1990): “La tauromaquia de Leiris hecha carne entre nosotros”, en *Taurología*, N° 5, octubre-noviembre-diciembre, Madrid, págs 25-32.
- Gil Calvo, Enrique (1991): “Tauromaquia y Religiosidad”, en *Taurología*, N° 6, Madrid, págs. 67-72.
- Holguín Andrés y Carlos (1966): *Cultos religiosos y corridas de toros*, Bogotá, Ed. Revista Colombiana, Bogotá.
- Renaut, Alain (1992): *L’esperit de la corrida, la regle du jeu*, Paris, Grasset.
- Romero de Solís, Pedro (2010): “El ritual de la Tauromaquia”. En Viar, Javier (Comisario): *Taurus. Del mito al ritual*. Catálogo de Exposición, Museo de Bellas Artes, Bilbao, págs. 37-56.
- Sánchez del Arco, Manuel, *Giraldillo* (1951): *Filosofía del toreo: (España, Portugal, Francia, América)*, Madrid, Prensa Española.
- Savater, Fernando (1975): *De los dioses y del mundo*. Capítulo “El sermón de Sanlúcar”, Valencia, Fernando Torres, págs. 51-55.
- _____ (1981): *La tarea del héroe*, Madrid, Taurus. Capítulo “El torero como héroe”, págs. 306-312.
- _____ (1990): “Aproximación a la Tauroética”. En *Taurología*. N° 5. Octubre-noviembre-diciembre, Madrid. págs. 63-65.
- Wolff, Francis (1989): “Elementos para una estética de la corrida (De la belleza en el toreo)”, en *Taurología*, N° 1, Madrid, págs. 57-66.
- _____ (1991): “Tiempo de la Corrida y Tiempo Tauromáquico”, en *Taurología*, N° 6, Madrid, págs. 63-71.

- _____ (2010): *Razones para defender las corridas de toros*. Campo Bravo. Madrid. 2010. (Ejemplar gratuito en 6TOROS6, nº 817, 23 de febrero de 2010), págs. 65-70.
- _____ (2013): “Toros y filosofía”. Editado por el Centro Etnográfico y Bibliográfico Virtual del Toro de Lidia, (PDF), Salamanca.
- Zumbiehl, François (2009): “¿Por qué la Fiesta de los toros es un patrimonio inmaterial?” en *Abc*. 16 de diciembre, Madrid. pág. 3.
- _____ (2009): *El discurso de la corrida*, Barcelona, Ediciones Bellaterra.
- _____ (2010): “Le sens de la mort dans la corrida” (“El sentido de la muerte en la corrida”), en *Clarín Taurino*, editado por Alfonso Saiz de Valdivielso, Bilbao, Original en francés y traducción al español, págs. 51-59.

